

Antonio Méndez Rubio

Otra poesía es posible

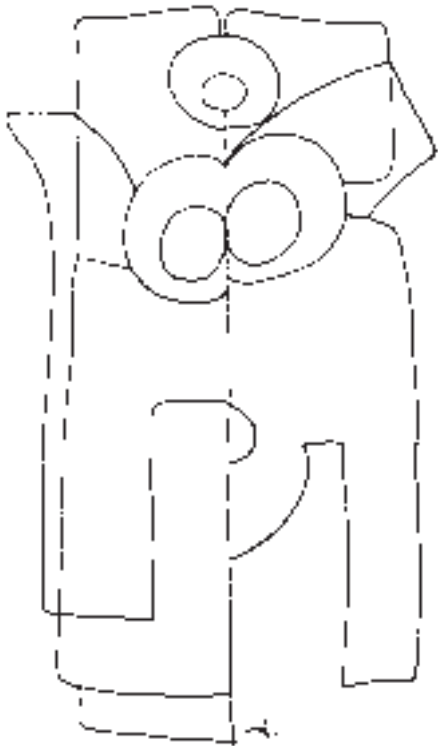
Desde el punto de vista de los precedentes histórico-literarios puede decirse que la cuestión de la “poesía política” o “comprometida” ha girado en torno al eje del realismo. Desde el período de la posguerra española, y hasta la década de los años sesenta, los enfrentamientos poético-políticos equipararon la crítica social con una visión estrictamente realista. Se dejaba así de lado la lección humilde que en el resto de Europa habían dado las vanguardias: que de un mundo en estado crítico sólo se puede hacer cargo un lenguaje en crisis, problematizado, autorreflexivo. Entrando en los años ochenta el realismo narrativo y naturalista, en efecto, resurgió articulado con propuestas ideológicas explícitamente de izquierdas, como la que se presentaba en la poco citada antología colectiva de título *1917 versos* (Madrid, Vanguardia Obrera, 1987) y que, bajo la advocación de Rafael Alberti, recogía poemas de autores como Javier Egea, Luis García Montero y Benjamín Prado entre otros.

Sin embargo, su tradicionalismo formal ayudó a que esas nuevas poéticas terminaran confluyendo con las vertientes más conservadoras del panorama contemporáneo. Esta evolución de la llamada *poesía de la experiencia*, tan próxima al significado real de una transición política donde el socialismo y el comunismo de estado (o de partido) han experimentado mayoritariamente esa misma ambigüedad, fue objeto de análisis crítico por parte del equipo Alicia Bajo Cero. En su estudio *Poesía y poder* (1997) Alicia Bajo Cero desmontaba en detalle este fenómeno ideológico que venía caracterizando el período de euforia figurativa, datable entre 1985 y 1995. No es sorprendente que este ejercicio de crítica a contracorriente fuera mal recibido e incluso sistemáticamente silenciado por los baluartes de la opinión pública.

Intentaré enfocar lo que sigue en torno a dos elementos: uno más específico sobre la noción de sujeto, otro a manera de marco a propósito de las relaciones entre lenguaje y realidad. En cuanto al primero, Alicia Bajo Cero llamó la atención sobre la urgencia de no personalizar sino (con)textualizar el problema de un modelo de sujeto poético autosuficiente, robinsoniano, ontologizado como categoría, en la línea de lo que más tarde V. Tortosa ha llamado con acierto *sujeto ensimismado*.

Esta concepción experiencial del sujeto se ha visto desbordada al menos por dos tácticas implícitamente polémicas, que comparten de diversa forma la idea de que “es un principio moral no hacer de uno mismo su propia casa” (Adorno). Estas dos tácticas, no totalmente desvinculables ni homogéneas en ningún caso, podrían pensarse a partir de la diferencia (en relación) que Paul Ricoeur establece entre ideología y utopía. Según Ricoeur, lo ideológico tiene que ver con aquella mirada que se proyecta sobre lo que existe desde lo que existe, mientras que lo utópico se gesta en mirar lo que existe desde lo no existente, esto es, desde una posición de ilusión, de deseo o, como tal vez diría Bajtín, exotópica. En rigor, ambas no pueden separarse y lo que de hecho nos encontramos en todo lenguaje no es la presencia o ausencia de lo ideológico o lo utópico sino formas concretas y distintas de poner en práctica esa relación. Así, necesariamente se diferencian sin escindirse, lo que nos





permite, por un lado, reconocer grados de diversidad y de orientación crítica (en la línea de los dos siguientes epígrafes) así como, por otro, avanzar en la comprensión de las vías posibles de diálogo entre unos y otros y salir, con ello, del peligro que implica un etiquetado falsamente fácil.

Como se sabe, la tensión expresiva del *dictum* cernudiano no reside tanto en el polo de la realidad o del deseo como en la y que los une y que, al tiempo, los distancia y enfrenta.

El lenguaje de la realidad

Si la ideología es la dimensión del conflicto que prioriza (sin absolutizar) el territorio de la realidad dada entonces habrá que esperar de su naturaleza un protagonismo de los mecanismos de reconocimiento, identidad e inteligibilidad. Dentro de una tradición y una hegemonía del paradigma realista, y además de tendiendo puentes hacia opciones no figurativas, esta opción, cuando busca proponer un desafío innovador y crítico necesita apurar y depurar sus dispositivos, extremarlos. Y esto tanto en su forma como en su contenido, lo que conlleva de hecho una retórica descarnada y una noción de *realidad social* atenta a su periferia y a sus zonas de sombra.

En otras palabras, el motor de este realismo crítico sería el reconocimiento de lo ocultado por el sistema institucional establecido. Asimismo, su impertinencia fundamental consiste en abordar el terreno de lo público desde un discurso (el poético) canónicamente privado (intimista) –hasta el punto que el realismo crítico precedente, en la constelación de la otra *sentimentalidad* y sus satélites, había apoyado sus reivindicaciones en el valor de la privacidad. Desde la perspectiva de la subjetividad se entenderá que nos encontremos aquí un *sujeto más solidario que solitario*, en una poética polémica que hoy se agrupa (de forma no exclusivista) en torno a espacios como Voces del Extremo (Huelva), muestrarios como *Feroces* (1998) o editoriales como el Ateneo Obrero de Gijón, Germania, Crecida o Vitruvio.

La transgresión del orden poético y sociopolítico establecido, más específicamente, se canaliza aquí a través de un gesto de apertura radical a lo colectivo y lo subalterno, del uno a los otros, como se evidencia en la poesía de Jorge Riechmann o de Fernando Beltrán –sirva como ejemplo su poema “Los otros, los demás, ellos”. Dicha apertura se presenta como experiencia de desposesión, del “hombre sin voz”, atravesado por una alteridad que lo descompone y lo hace estallar, re-partirse. David Eloy Rodríguez, por ejemplo, escribe “Soy una casa deshabitada”, y habla a la vez de “los transeúntes de mí mismo” y de que “no se pueden recomponer los fragmentos / de un espejo roto”, en versos que remiten a una identidad fracturada, a un sujeto ya no compacto y fijo sino más bien impulsado (expulsado) en la dirección de una inquietud nomádica: la figura espectral del viajero, el recurso a los trenes en Beltrán, o un sujeto de la enunciación en situación de exilio como se encarna en ese diálogo entre lo íntimo y lo político, entre amor y revolución que es *Cartas de amor de un comunista*, de Isabel Pérez Montalbán (1998), o como se deja seguir en el movimiento incansable e indetenible que constituye *La marcha de 150.000.000* de Enrique Falcón (1998).

Es lógico que esta estética crítica asuma su vocación anticanónica. Y que esta asunción, por definición, admita múltiples variables. El trabajo subtextual



y de montaje en casos como los ya citados es uno de los recursos más inmediatamente visibles. Otro es la apelación a una corporalidad grotesca y al lenguaje bajo, como ocurre en *Leche de camello*, de Eladio Orta (1999) o en *el realismo sucio* de poetas como David González que, en confluencia con Wolfe o Fonollosa, usa un lenguaje directo, pronunciado por un yo-antisocial, inserto en lo más sórdido de la realidad actual. El realismo autobiográfico se vuelca en la experiencia de los ninguneados, es decir, en la vida de quienes han quedado y quedan todavía fuera de toda luz que los refleje: “nuestras caras no se reflejan en ningún espejo”, punto éste en que la teoría mecanicista del reflejo, tan grata a la ortodoxia soviética del compromiso (de Zdanov a Lukács pasando por Lenin) se ve confrontada con sus propios límites, en una especie de *mise en abîme* desconcertante.

Los poemarios más recientes de David González son una exploración vivencial de lo que significa ser carne de cañón en un estado supuestamente avanzado, democrático y rico como la España del ya siglo XXI. En el poema titulado “carbón” el marco autobiográfico hace posible la narración en primera persona de la descomposición social que caracteriza lo que, en economía política, ya se conoce como neoliberalismo. En este sentido, esta actitud converge abiertamente con la poesía de Salustiano Martín y Antonio Orihuela. Las referencias a la dictadura franquista y a las víctimas de la guerra civil, centrales en poemas de González como “Sparrings” (*Sparrings*) y “nadie con ese nombre” (*Sembrando hogueras*), se amplían en muchos textos de Orihuela. Entre unos poemas y otros se va tejiendo un frente de resistencia al avance supuestamente plausible de la socialdemocracia, cuya enseñanza ideológica central, como ya pusiera en evidencia W. Benjamin, consiste en idealizar la libertad de quienes vendrán detrás para olvidar mejor el sometimiento de quienes les precedieron.

La obra de Antonio Orihuela, en fin, es un compendio estremecedor que se apoya en una combinación fértil de los factores hasta aquí señalados: verso prosaico, interpelativo, que no elude el diálogo con los lenguajes dominantes del periodismo y la publicidad (léanse los poemas “Todo por hacer” o “Cambio de postura”), un sujeto poético en deuda con su dimensión comunitaria (“La memoria es el mapa del futuro”, “Vivo en un mundo de gente encorvada”) y la formulación de un realismo extremo como ejercicio de rebeldía constante (así se declara en el poema “Ya hay quien, como amigo...”). Se trata, sin duda, de una apuesta valiente y más que necesaria en los tiempos que corren. Por otra parte, precisamente Orihuela, González, Beltrán y otros se han presentado públicamente como grupo defensor de una “Poesía de la Conciencia” que aspire “desde una voluntad ingenua, pero legítima, a resistir e intervenir en la realidad” desde una defensa a ultranza de la narratividad y la transparencia.

Es posible entonces observar aquí, aunque no es la única lectura posible, una traducción del *compromiso* a principios de *identidad* y *realidad* como totalidades clausuradas y definitivas. Y en este punto, en suma, la “voluntad ingenua” de entrar en conflicto con la realidad dominante en su propio terreno se convierte quizá en la principal arma y el principal límite de esta “Poesía de la Conciencia”, que no puede oponerse al orden establecido sin aceptar las condiciones de partida impuestas por su lenguaje –esto es, reproduciendo de fondo (a la vez que trastocando) la convicción del célebre presentador televisivo: “Así son las cosas y así se las hemos contado”.



La realidad del lenguaje

En un muro corriente de una ciudad argentina, entre los tumultos desesperados que han conmocionado ese país en los últimos meses, apareció recientemente una pintada que decía: “¡No queremos ser realistas!”. Y es razonable pensar que una declaración tan crucial como ésta, salvando las distancias, venga al caso. En cierto modo, se dirá, claro que no se puede dejar de ser realista, como tampoco de ser utópico: ambos aspectos son dos dimensiones propias de cualquier acto de lenguaje, que probablemente no puedan deslindarse de los juegos entre presencia y ausencia característicos de todo signo. De modo que, de nuevo, la clave reside en cómo realidad y deseo, o ideología y utopía, se relacionan de cara a producir un efecto de crítica revolucionaria.

Al igual que puede decirse que el realismo crítico no carece de una dimensión utópica, pero que ésta cede el primer plano a una retórica entendida como lucha ideológica inmediata, también es cierto que la poesía no figurativa da prioridad a lo no reconocible, incluso a una crítica de toda acepción dogmática del Significado, y que esta crítica incorpora la confrontación ideológica concreta. Lo que aquí está en juego es una acción que algunos sociólogos llamarían prepolítica: un trabajo con lo preconsciente orientado no tanto en torno al reconocimiento como desde y hacia el desconocimiento. Recordando las palabras de Wittgenstein en el sentido de que los límites de un lenguaje coinciden con los límites de un mundo, esta segunda opción concibe el conflicto con el mundo a partir de un conflicto en los límites del lenguaje.

La realidad no es aquí sólo ni fundamentalmente una especie de apriori que el lenguaje debe aspirar a fotografiar sino, más bien, un mundo percibido y construido, inseparable de los efectos de sentido que el lenguaje proyecta. Su lugar es a la vez un no-lugar, su rumbo una deriva, una experiencia radical de libertad y descontrol. Un mundo abierto, o al menos donde se ha dejado en suspenso la pertinencia de la noción misma de frontera. En esta dirección, en su discurso de recepción del premio Theodor W. Adorno, el 22 de septiembre de 2001 en la ciudad de Frankfurt, Jacques Derrida recuperaba la idea de que la frontera entre realidad y sueño cumple la misión primordial de dañar los sueños más urgentes y más bellos (“La lengua del extranjero” en *Le Monde Diplomatique*, núm. 75, 2002, pp. 18-21). Obsérvese que la crítica derrideana del positivismo no está proponiendo un rechazo ingenuo de la noción de realidad sino un cuestionamiento de toda frontera rígida entre lo que es realidad y lo que no lo es, así como una defensa decidida del papel ineludible y desestabilizador que aquí juega la escritura. Una puesta en crisis complementaria de la noción de frontera, así como una crítica del (absolutismo del) reflejo y la reivindicación de la refracción y el desvío lingüístico fue planteada, desde un marxismo heterodoxo, por V. N. Voloshinov en *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929).



En lo tocante a la cuestión del sujeto, éste se desnaturaliza y se plantea aquí como categoría subordinada a una dialéctica que le da sitio y significación. Me refiero al par sujeto/objeto y a sus correlatos de identidad/realidad, cuya dinámica inercial queda deconstruida y desplazada, como una especie de efecto dominó que neutraliza el poder operativo que a dicha oposición le otorgaba la tradición idealista y positivista. Lo que aquí está en juego, a mi entender, es la viabilidad de desbordar *la sujeción del poema a un mensaje*

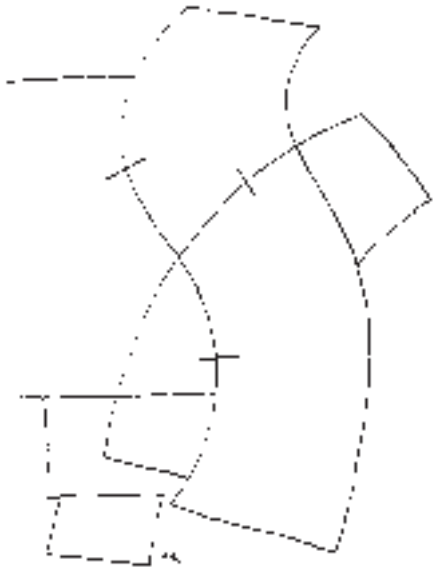
de-limitado o pre-establecido. Como el deseo no acaba con la realidad sino que la impugna y ayuda a construirla, tampoco la pulsión utópica acaba con el sujeto sino que lo libera, lo desata de su sustantividad metafísica. Lo que tenemos entonces que comprender no es una simple ausencia de sujeto sino un sujeto no sujeto (al principio de identidad y al régimen de vigilancia que, según Foucault, lo legitima). Advértase este verso de Fermín Herrero: “Mas soy la sed tan sólo. Y anochece” (2000). Y no es un ejemplo aislado. Esta especie de sujeto que desaparece en su disolución, emboscado, no desdeña la referencia realista sino que, en consecuencia, la diluye también hasta ofrecerla expectante, agazapada en la crueldad del poema y del mundo.

Así tal vez se comprende mejor cómo la crítica social puede estar funcionando, invisible, en poemas asimismo de Fermín Herrero, como son “Like black scattering birds” o “A sueldo”, y esto contando con una enunciación de este tipo: “Y los huecos progresan, me desmantelan, / poco a poco intiman y me borran”, o “Sólo quien se despoja día a día, / incluso de sí mismo, acierta”. “Por veredas borradas”, las palabras juegan sus cartas de silencio, las imágenes trabajan el negativo de su luz, el envés del tapiz. Juan Carlos Mestre ha escrito: “No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida” (...) “encuentro a mi amigo en la revuelta, me hospedo en un lugar impenetrable” (...) “la boca del inexistente se parece a mi boca” (...) “ahora puedo contemplarme en lo desaparecido” (1999)... dando continuidad al romanticismo más revolucionario y autoconsciente, *el que escribió su nombre en el agua...* Llegados a este punto, se multiplican los ejemplos de esta táctica esquiava: referencialidad mínima, articulada con un discurso no figurativo, sintácticamente inestable, que radicaliza su manera fragmentaria de encarnar un mundo hecho pedazos. No otra cosa dinamiza series como *Cuántas llaves* (1998) de Concha García o *La mujer automática* (1996) de Miguel Casado, donde el descentramiento significativo apunta en el sentido de un materialismo libertario.

La poesía afronta así el reto de replantear la crítica social más allá o más acá del realismo convencional. Y esto gracias a cómo la escritura asume su carácter no instrumental, intransitivo, movida menos por la lógica del control que por la dia-lógica infundada del deseo. La tensión significativa permite exceder las direcciones previsibles de la información y la comunicación hacia un sentido que es entonces extravío –el cuestionamiento de la figuración, no en balde, habría sido considerado por el fascismo como *arte degenerado*. La denuncia política explícita es entonces sólo la punta del iceberg, a la manera del poema “Mikel Zabalza: In Memoriam” en el libro de significativo título *La perseverancia del desaparecido*, de Miguel Suárez, donde no sólo la única manera de decir “yo soy” es cuestionando todo principio de propiedad sino que, un paso más adelante, la ley del lenguaje y el cadáver de lo real se ponen en relación con el terrorismo de estado.

En última instancia, ¿hasta qué punto son comprensibles (asimilables a una lógica clara y lineal) las experiencias límite, la muerte, el ansia, el abandono, la desaparición...? Este límite del lenguaje, que a menudo una posición mentalista reduce a “irracionalismo”, es también un límite de la realidad, pero ahí justo se asoma una mirada nueva, inquieta “bajo la luz de la utopía, sobre un mapa para niños” en el que “ningún lugar se puede encontrar” (Celan) porque todo sentido nace de su desaparición. Lo que se abandona no es tanto el Yo como su prepotencia (incluida la tan extendida arrogancia de la autocom-





pasión). Pero también es cierto, como ha planteado Deleuze, que este abandono implica la disponibilidad para entrar en un juego de desplazamientos que no son ya simples máscaras sino la alteración callada de toda identidad entendida como *arché* o principio de orden –la máscara, el personaje permite cuestionar si una identidad es o no verdadera, pero este mismo cuestionamiento refuerza, al producirse, la confianza en la existencia de una identidad verdadera a *priori*. Sin embargo, el desplazamiento del sujeto (identidad) no puede no implicar el desplazamiento del objeto (realidad) y de la dialéctica que debería encajar sin más uno con otro. De ahí que, para Deleuze, en vez de mimesis haya que hablar de devenir, es decir, de un pensamiento sin (auto)imagen y de una nueva política: aquella que sea capaz de combinar la lucha social con el dejar que emerja la pregunta: “¿Cómo volverse imperceptible?”. La escritura necesita para ello ser más productora que representativa o, como se decía en tiempos de revuelta, ser realista en la medida de atreverse a pedir lo imposible.

“Así aprendió por fin a no verse la voz”. Este verso de J. C. Suñén se incluye en un poemario que, a la luz de lo expuesto, se convierte en escalofriante: en *Cien niños* (1999) Suñén maneja una crítica de la identidad desde una estética de la rotura, y recurre al espacio privilegiado de la nota aclaratoria a pie de página para insertar una exploración paralela de la comunicación poética. Un desafío a la inteligibilidad que habrá que decidir si es una desconsideración hacia la lectura o, por el contrario, una manera de proponer una lectura verdaderamente creativa y crítica. Mientras tanto, a quien defienda la primera opción le quedarán todavía los viejos versos de Luis Cernuda en *Los placeres prohibidos* (1931): “Porque ignoraba que el deseo es una pregunta / Cuya respuesta no existe, / Una hoja cuya rama no existe, / Un mundo cuyo cielo no existe”.

Posdata zapatista (para una revolución invisible)

¿Puede pensarse alguna relación entre la crisis de la representación que viene dándose en el sistema político y la que afecta a algunas manifestaciones de la práctica poética? Los lenguajes que asumen esta crisis, ¿ocupan por azar menos espacio en los escaparates de la opinión pública? ¿Es cierto que la opinión pública moderna se define por estar en manos privadas? ¿En qué medida es una contradicción propugnar una sociedad libre y una poesía de acceso limitado? ¿o lo es defender a la vez una democracia radical en lo político y un modelo de sujeto representativo o ejemplar en lo poético? ¿Qué razón obligaría a elegir entre Ken Loach y Manoel de Oliveira? ¿Están las poéticas subversivas, por el hecho de serlo, condenadas al aislamiento (entre sí y con respecto a las poéticas dominantes)?

Lo decisivo no acaba jugándose en el terreno de las intenciones sino en el cruce entre escritura y lectura, en el uso o los usos que el texto hace viables. Más allá de las intenciones de unos y de otros, quizá recordar la idea de Marx y Engels de que el lenguaje es la conciencia práctica nos ayude a terminar de comprender eso mismo: que en el lenguaje se juega la partida. Y esto en dos sentidos: uno, que ésta es tanto la partida del capitalismo masivo que propaga como nunca sus efectos de devastación, como la partida de quienes resisten cotidianamente ante su avance. Y dos: que el lenguaje resulta inseparable de la práctica, la (in)completa como proceso social en todo momento, y que, por eso mismo, no puede circular de forma autosuficiente

o puramente autónoma sino como materia abierta y dialógica. De esta resistencia al monopolio lingüístico, en el terreno de la producción poética, todavía son testimonios (ideológicos y utópicos) prácticas colectivas como las que llevan a cabo el Taller de Escritura en Casas Okupadas (Barakaldo), el Manual de Lecturas Rápidas para la Supervivencia (Madrid), la Unión de Escritores del País Valenciano (Valencia) o el grupo La Palabra Itinerante (Sevilla). De momento, más que entre líneas podrán reconocerse algunos puentes visibles entre las dos tendencias poéticas que he esbozado más arriba.

¿Tienen estas preguntas que ver sólo con el deseo o también con mecanismos de poder y de contrapoder concretos? Creo que puede argumentarse una defensa razonable de esta última hipótesis. En un momento, como el presente, de revitalización de los movimientos sociales, en que por ejemplo el mal llamado *movimiento antiglobalización* se reconoce heredero del antifascismo de los años treinta y del anticapitalismo de los sesenta, van dibujándose pistas para una salida transformadora de la situación. El elemento de poeticidad inscrito en los nuevos movimientos sociales, y su paradójica y desafiante relación con las actuales políticas de desaparición legal (Virilio) es un aspecto que permitiría enfocar más ampliamente la cuestión de la *crítica social*, en el sentido del carácter social de toda crítica práctica.

A partir de la experiencia del nuevo zapatismo viene creciendo el interés por una (auto)crítica innovadora del principio de identidad (el paliacate o el mono blanco como símbolos de la amenaza que debía haber quedado desaparecida) conectada con tácticas activas de alianza en la diversidad (multitud de etnias articuladas en su heterogeneidad, el blanco como punto de encuentro de todos los colores). Cuando el discurso zapatista habla así, pidiendo “un mundo donde quepan todos los mundos”, no pronuncia un inofensivo panegírico exótico. La historia lo demuestra: nada como el principio de inclusión para impugnar un orden construido sobre la noción/institución de *territorio*. Lo sabe como nadie la lengua, la lengua que es la sed, del extranjero. Lo decía Blake en sus *Proverbs of Hell*, que no vuela demasiado alto el pájaro que lo hace sólo con sus propias alas.